

IGLESIA, COMUNIÓN Y PENSAMIENTO: EL CINCUENTA
ANIVERSARIO DE LAS REVISTAS CATÓLICAS
INTERNACIONALES “COMMUNIO” EN
PERSPECTIVA ESPAÑOLA

I. INTRODUCCIÓN

En este año 2022 se cumplen cincuenta años del inicio de la edición de la Revista Católica Internacional *Communio*, fundada en 1972. Para celebrarlo se convocó en EE.UU. un congreso en Rochester, Nueva York (del 30 de septiembre al 2 de octubre, en St. Bernard’s School), en cuya presentación se afirmaba que los fundadores quisieron con la revista dar forma a un movimiento teológico nacido desde el corazón de la Iglesia, luchando contra la polarización, desde sus respectivas posturas, tanto de tradicionalistas como de modernistas.

Citando a H. U. Von Balthasar, decía así: “se concebía la comunión como el centro de la Iglesia, comunidad originada de la comunión con Cristo, quien se presenta a sí mismo como un don para la Iglesia; como una comunión que nos hace capaces de compartir nuestros corazones, pensamientos y bendiciones”¹. Se afirmaba, además, la constante relevancia de esta misión y se proponía como fin del encuentro académico considerar el compromiso

1 <https://stbernards.regfox.com/communioconference2022> “Catholicity as Gift and Task: The 50th Anniversary of *Communio*”.

teológico y cultural de una publicación editada actualmente en red en más de una docena de países.

En España, desafortunadamente, la edición nacional cesó de publicarse hace años pero no por ello deja de merecer la pena detenerse en el esfuerzo en la misión propuesta llevado a cabo en su última etapa y hacer una serie de consideraciones útiles de cara a la centralidad de la comunión que preside el proyecto cincuentenario. Nos unimos así a la reafirmación de la perenne actualidad de la finalidad perseguida: poner en el centro de la Iglesia su realidad comunal, nacida del don de la comunión trinitaria que nos ha mostrado Cristo Jesús.

En una reciente carta del Papa Emérito, Benedicto XVI, afirmaba lo siguiente: “se hizo evidente la necesidad de reformular la cuestión de la naturaleza y la misión de la Iglesia. De este modo, el poder positivo del Concilio también está emergiendo lentamente (...) En el Vaticano II la cuestión de la Iglesia en el mundo se convirtió finalmente en el verdadero problema central”². Parece un hecho, aunque se hayan planteado diferentes alternativas, que el Concilio Vaticano II y el fecundo magisterio de San Juan Pablo II, continuado por el de Benedicto XVI, han situado la comunión (*communio*³) como el primer sentido de la Iglesia. Esto no es realmente una novedad. De hecho, grandes teólogos como H. Urs. Von Balthasar, De Lubac o el propio J. Ratzinger⁴ (estos dos últimos

2 Carta al presidente de la Universidad Franciscana de Steubenville (EE.UU), con motivo del Simposio Internacional sobre la Eclesiología de J. Ratzinger (2022). Citado :<https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2022-10/benedicto-xvi-concilio-vaticano-carta-ratzinger-steubenville.html>

3 El propio S. Juan Pablo II proponía, tan solo un lustro antes de la época a la que nos referimos, como empeño programático al comienzo del milenio para toda la Iglesia y en todas sus dimensiones la comunión (*koinonía*): “Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, es el de la comunión (*koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rm 5,5), para hacer de todos nosotros «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32). *Novo Millennio Ineunte*, n° 42.

4 “Ratzinger would eventually see the *Communio* interpretation of Vatican II—a council of reform within tradition that developed Catholic tradition—vindicated by the Synod of Bishops in 1985 and by the magisterium of Pope John Paul II, which Ratzinger later amplified in his own papal teaching.” G. Weigel, *The war of the Conciliar succession*, continued. *First Things* (7-3-22). “Although two empirical realities seem clear—the living parts of

más genéricamente⁵⁾ han profundizado en esta concepción teológico-eclesiológica. La eclesiología de *communio* se ha erigido así para no pocos en la enseñanza auténtica del Concilio Vaticano II, frente a otras hermenéuticas que se han llegado a formular.

Es importante aclarar que, aunque se opte por un modelo de eclesiología, ninguno agota el Misterio que constituye la Iglesia y es inevitable el diálogo y la sana confrontación entre los diversos modelos existentes: la teología, como inteligencia de la fe, intenta aproximarse a las realidades divinas pero estas superan en mucho los moldes humanos, máxime las diversas interpretaciones teológicas que se puedan dar. Hay que añadir que, a contibuación, no se expone un esquema exhaustivo ni sistemático de la concepción eclesial citada, ni se entra a discutir las diversas implicaciones y pros y contras, simplemente se trata de ofrecer una presentación inicial sumaria con el fin expuesto ya que no es el propósito de estas líneas elaborar un tratado eclesiológico ni confrontar los modelos teológicos de estudio de comprensión la Iglesia propuestos.

El entonces aún Cardenal Prefecto, en relación a ello, se expresaba así: "L. Herding, ya en 1943, abre una puerta a una eclesiología de comunión, pensada de modo totalmente católico (...), se volvió para mí un texto clave"⁶. En este quicio de la reciente historia teológica sitúa él las raíces de esta decisiva concepción eclesiológica. Poco antes afirmaba de manera significativa en el mismo texto: "se debe comenzar por admitir que la palabra *communio*, en el Concilio, no tiene una posición central. A pesar de eso, entendida rectamente, puede servir de síntesis para los elementos esenciales de la eclesiología"⁷. Y, citando el texto de la Primera Carta de S. Juan, aporta este texto bíblico: "eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y

the world Church have embraced Vatican II as authoritatively interpreted by John Paul II and Benedict XVI and have followed Communio's understanding of the Council's call to Christocentric evangelization". Ibid.

5 Schindler, D. L., *Heart of the world, Center of the Church. Communio Ecclesiology, Liberalism, and Liberation*. B. EdermansPublishing Co./T&T Clark. Grand Rapids, Michigan/Edinburgh, 1996 p. 30 (nota 48).

6 J. Ratzinger. *Caminhar juntos na fé. A Igreja como Comunhao*. Editorial A. O. Braga, 2005, p. 129.

7 Ibid, p. 127.

nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”⁸. Continúa J. Ratzinger aseverando que a partir de este núcleo neotestamentario, la palabra *communio* tiene carácter teológico, cristológico, histórico salvífico y eclesiológico⁹. Aunque, asimismo, haga notar que “ninguna palabra está protegida contra los malos entendidos, ni siquiera la más profunda (...), *communio* se tornó un slogan corriente, esa palabra se trivializó y fue falseada”¹⁰.

Sin embargo, yendo más allá, ¿en qué consiste esta concepción conciliar de la Iglesia? Nos ayudaremos para la exposición siguiente del gran sistematizador de esta concepción eclesiológica que nos ocupa, H. U. Von Balthasar¹¹. Para el teólogo suizo, la eclesiología de comunión del Vaticano II nos introduce en una asombrosa comprensión del mundo y de la misión de la Iglesia en él. Lo que, quizá, es menos conocido –desde su punto de vista– es que el alcance de esta eclesiología comunal incluye una muy relevante comprensión del mundo como imagen de Dios (imagen Dei). Esto es, que todo ser perteneciente al cosmos es creado a imagen del Dios trinitario manifestado en Cristo Jesús¹². Se sigue de ello que el ser recibe su significado fundamental en el orden del amor. Es decir, todos los seres –desde el principio– están orientados e invitados a compartir verdadera y analógicamente la comunión divina: cuya realidad en la Historia es la Iglesia en su dimensión sacramental.

De este punto de partida cabe colegir que la misión cristiana en el mundo, en consecuencia, es estar presente en cuanto Iglesia y ayudar a ordenar a la *communio* el orden natural, de las cosas y seres vivos, y también el humano –que prolonga el anterior diversificándolo en sus diferentes vertientes: la política, la económica, la cultural, etc. El propósito fundamental cristiano consistirá entonces, en el plano de todos los aspectos de su existencia mundana, en colaborar para que se manifieste la belleza, verdad y

8 Cfr. I Jn 1, 3

9 J. Ratzinger. o.c, p. 128.

10 Ibid, p.129.

11 Nos apoyamos en la exposición de Schindler, *D. L., Heart of the world, Center of the Church. Communio Ecclesiology, Liberalism, and Liberation*. (cfr. su inspiración constante en Von Balthasar, pp. 30 y 312).

12 Cfr. Col 1, 15-20.

bondad del ser cuya plenitud es revelada por Dios en la Persona-Amor de Jesucristo¹³.

La idea central a subrayar es que todo ser creado, íntegramente, incluso como mero ser natural, y en un sentido análogo verdadero, se constituye -en la plenitud a la que es originalmente llamado- en la comunión que es la Iglesia; solamente en la divina comunión de amor revelada por el Dios trinitario en Jesucristo: únicamente en/y a través de la Iglesia sacramental. Que el mismo Dios haya revelado que los seres alcanzan su plenitud solamente en unión con la Santa Trinidad, con sus Personas divinas, no significa ninguna merma en la integridad y autonomía del mundo y tampoco en la de la condición humana. Al igual que la misma naturaleza humana de Cristo subsiste sólo en relación con la persona divina, en sentido análogo, la plenitud del mundo -como tal mundo- se alcanza sólo en relación a la Iglesia. Y ésta se realiza por medio de la *communio* eclesial establecida por Cristo.

La Iglesia es entonces una figura arquetípica para el conjunto del cosmos. El conjunto de lo creado alcanza su plenitud en cuanto mundo solamente si adopta esta *forma mundi* en la comunión. La misión del cristiano descansa pues en encarnar la Iglesia-*communio* en todos los aspectos de su existencia mundanal, aquí y ahora, incluso aunque posea la viva conciencia de que la comunión plena sólo se completará en la escatología.

D. Schindler, en cuyos planteamientos nos inspiramos, en el contexto norteamericano, reflexiona con interés sobre diferentes sensibilidades eclesiológicas a la aquí expuesta para tratar de explicar, por contraste, las diversas eclesiológicas postconciliares. Bajo su punto de vista, el liberalismo angloamericano pone demasiado el acento en el yo individual (tanto en lo afectivo-volicional como cognitivamente) en cuanto a su primacía en las relaciones con Dios y con los demás; de manera hasta desproporcionada en la actividad individual. No es precisamente, piensa, la línea de la eclesiología del Concilio Vaticano II -de la renovada visión comunal-. Las implicaciones mundanales del ser creado como *imago*

13 Schindler, D. L., o.c., p.xi. Para la exposición siguiente, cfr. *Preface*.

Dei en la eclesiología de la *communio* implican la inteligibilidad de la criatura como ser de, por y con Dios y los demás.

La idea de un amor que es primariamente recibido es aquí crucial, las criaturas son primero de Dios al ser imagen de la divina *communio personarum* a través de la iniciativa de Él mismo -en Jesucristo- y ser nacidas fruto del amor del Creador (que reciben por medio del arquetípico “*Fiat*” de María y la figura arquetípica de la Iglesia)¹⁴. En definitiva, sintetizando la tesis sostenida: la comunión trinitaria, presente en la *communio* sacramental que es la esencia de la Iglesia, revela el significado de los seres y su propia plenitud, así como la lógica interna y el dinamismo de la presencia cristiana en el mundo.

Así pues, el cristiano debería buscar vivir en el corazón del mundo desde el centro de la Iglesia¹⁵. Los partidarios de la Teología de la Liberación y los neoconservadores liberales no plantean la relación con éste desde una vida informada eclesialmente, de manera intrínseca, sino de modo extrínseco: propiamente lo central en ellos no es considerar la Iglesia como *forma mundi*. En ambos casos se plantea inadecuadamente la autonomía del mundo. Una relación intrínseca de la Iglesia con él implica una apertura a la Iglesia inherentemente considerada, no una adaptación a sus criterios -en una equivocada inmersión (teólogos de la liberación)- o una privatización de las propias disposiciones partiendo de una mal entendida neutralidad ante la laicidad del mundo (los neoconservadores liberales). La Iglesia debe mantenerse forma del mundo: forma teológica, comunión trinitaria, Cuerpo de Cristo y sacramento.

Sin embargo, ¿cómo puede la Iglesia relacionarse con el mundo de este modo tan preciso? Permaneciendo en el centro de lo eclesial, con otra *gestalt* original, propia: la *communio*¹⁶. La Iglesia tiene su propia realidad que compartir con lo existente, con lo creado: la trinitaria comunión divina. La presencia en el corazón del mundo y, a la vez, en el centro de la Iglesia requiere de nuestra

14 *Ibid*, p. xv

15 Cfr. para lo que sigue: cfr. *Ibid*, Introduction, 1-31.

16 *Christifideles Laici*, n.º, 18-20, Balthasar, “*Communio: A Programm*”, *International Catholic Review: Communio*, 33 (Spring, 2006).

situación mundanal algo más profundo y básico que la moralidad privada y/o la justicia social.

La nueva eclesiología de comunión del Concilio entiende la Iglesia, en Cristo Jesús, orientada hacia el mismo mundo porque lo eclesial supone una extensión de la propia misión del Verbo Encarnado. Los avances del mundo moderno, en el debido *aggiornamento* propuesto conciliarmente, no deben ser considerados en este sentido desde la mera mundanidad sino desde el cristocentrismo de la Iglesia. La apreciación y valoración del mundo moderno y sus conquistas -en términos cristológicos- cambia así profundamente respecto a otras eclesiologías y por ende el diálogo con él.

El papel de la Iglesia no es ofrecer una dimensión intramundana: sino ofrecerse como *communio sanctorum*, sacramento de la comunión trinitaria revelada en Cristo. Así, desde una comunión trascendente a lo mundano se gesta un dinamismo interno de cara a su transformación inmanente que, siendo autónomo en su dimensión temporal, en última instancia ha de referirse a Cristo. La Iglesia no puede dejar de ser ella misma y tampoco dejar de introducirse en su integridad en las diferentes realidades, ni las dos cosas a un tiempo.

Esto implica que la plenitud del mundo solo tiene lugar siendo alcanzado en lo más profundo por la *ekklesia*. La Iglesia como comunión revela el sentido más profundo de todos los órdenes del mundo creado. Esta concepción supone una eclesiología donde todo lo referente al mundo es informado por la Iglesia como Iglesia, así como el alma informa el cuerpo¹⁷. Esta afirmación implica todos los niveles de lo real y la condición de realización de su legítima autonomía¹⁸. Sólo participando de la *communio* eclesial y a su vez trinitaria pueden las realidades terrenas ser libres para glorificar a Dios, razón y causa última de su existencia. "La Iglesia, en Cristo, es en cuanto sacramento un signo e instrumento, esto es, de comunión con Dios y de unidad entre todos los hombres"¹⁹.

17 LG, n° 38.

18 GS, n° 36.

19 LG, n° 1.

El ser humano y la creación a través de él, ambos están hechos a imagen de Dios y por ello lo reflejan de modo auténtico siguiendo sus pasos, recorriendo el mismo camino que Él y del modo como nos lo ha revelado en la Historia en Jesucristo y en la Iglesia. La comunión íntima de Dios como Trinidad es, junto con la gracia, el camino de las criaturas. Esta *communio* supone la verdadera y profunda forma (*gestalt*) o figura para toda existencia creada.

No obstante, tras el pecado de origen esta imagen se distorsionó, se deformó. No podemos desatender este dato objetivo. Ahora, en la condición actual, esta *imago Dei* ha de ser contemplada a través del misterio de la Redención. En su Encarnación, es el Verbo quien revela el significado último no sólo del hombre sino de todo el cosmos. En este hacerse carne, es la cabeza de la Iglesia, que se constituye místicamente en el Cuerpo de Cristo. En Él, ella es el sacramento de comunión con Dios y de la unidad de todos los hombres. Así, por lo tanto, el más profundo sentido de todo reside en Cristo y en su Iglesia. La íntima constitución del mundo es revelada mucho mejor aún en la relación de amor expresada en la Creación y la Redención, a la luz de la Encarnación -expresada del modo más sublime en la relación nupcial-

La unión hipostática en Cristo es imagen primordial de la unión matrimonial. En esta íntima unión de lo divino y lo humano, el mundo mantiene una relación esponsal con Jesucristo, donde la clave es el misterio nupcial: únicamente llego a ser yo mismo recibiendo plenamente al otro y a la inversa, dándome yo mismo completamente al otro. El mundo pues -a través de la Iglesia- está destinado y llamado a una transfiguración esponsal con Jesús, Dios hecho hombre. Estos desposorios incluyen a todos los seres humanos pero no sólo individualmente sino también en su dimensión social: cultural, política, académica, económica y en sus estructuras e instituciones. Esta dimensión nupcial también incluye a las entidades cósmicas. La transfiguración a la que hemos aludido es la invitación llevada a cabo a toda criatura -desde el principio de su existencia y en todo su ser- (que se ha de entender de manera analógica, lógicamente).

En una lectura comunal el cristiano en y a través de Cristo está envuelto en un matrimonio con el mundo en su conjunto. La oferta parte del amor trinitario hecho actual por el “*Fiat*” de María, esto es, por la Iglesia de manera arquetípica. Sólo así la criatura es realmente libre para ser verdaderamente lo que es en cuanto tal. Como en cualquier relación matrimonial, un defecto de comprensión del sentido de la unión altera esta relación. Esto le ocurre a las concepciones eclesiológicas alternativas a la eclesiológica de *communio*, obviamente desde su perspectiva (por ejemplo a las citadas de la teología de la liberación y neoconservadora liberal). Desenfocar el sentido profundo de la unión Dios-mundo conduce a una distorsión de la relación.

En la dimensión de comunión, cada uno comienza a existir con el otro, relacionalmente, como Iglesia y como mundo. Los malentendidos postconciliares en cuanto a la relación con este último son fundamentalmente eclesiológicos, parten de una defectuosa comprensión de la Iglesia: no entendiendo a María, Cristo y la Trinidad como son analógicamente revelados desde una dimensión de unión sponsal, de donación eucarística y de comunión.

En el ejercicio de su libertad, el mundo puede rechazar esta unión sponsal con Cristo a la que es invitado. El mayor y más auténtico ejercicio de libertad presupone una mayor unión con Dios -como condición previa- y solo adviene con ella. En cuanto al medio para la liberación o salvación del mundo lo que ofrece esta eclesiológica de comunión como tal es precisamente la *communio*: que es el fin para el que propiamente está destinado el mundo en todos sus órdenes y todos los aspectos de lo humano. La liberación, la salvación, está en función de la Redención: alcanzable sólo en Cristo a través de María-Iglesia. La dimensión salvífica es social y encarnada, incluye toda la persona y todas sus actividades, comienza ya aquí y ahora, en esta vida.

Este es en el único sentido en el que se puede alcanzar “la civilización del amor” (en la muy feliz expresión muy repetida primero por San Pablo VI y después por San Juan Pablo II) como condición de la plenitud de la vida del mundo, del pensamiento, de

la acción y de la producción material²⁰. Para sanar al mundo, para liberarlo de todo lo que le hace no ser lo que verdaderamente es, debemos mirar a la Iglesia, la auténtica *Forma mundi* (como también dijera S. Juan Pablo II).

La eclesiología de la *communio*, subrayábamos, se erige así en una enseñanza auténtica del Concilio Vaticano II, profundizada con hondura en el magisterio de San Juan Pablo II y teológico-sistemáticamente, sobre todo, en los escritos del teólogo H. Urs. Von Balthasar²¹ (y de modo más genérico en los de Ratzinger y De Lubac, como quedo dichó más arriba). Ahora bien, ¿en qué se convierte en distinto este camino de concebir y enfatizar el amor de cara a la vida cristiana, el pensamiento y la acción en el mundo? La respuesta no es otra que la naturaleza, la obra de la creación, descansa en el amor revelado por Dios en Cristo Jesús: éste es el motivo último por el que la Iglesia es “forma del mundo”.

Habría que especificar muchos más aspectos y matices pero no es el objetivo de estas líneas, baste decir que estos autores que citamos no buscan una comprensión teocrática de la realidad sino que contemplan el mundo en su inserción en la misión de Jesús, el Señor: que devenga todo él en el eje de una verdadera “civilización del amor”. La verdad religiosa que nos es dada es la *communio*, el amor, y ello nos aboca necesariamente a una eclesiología también del amor -en su dimensión más auténtica y profunda-: la del Dios trinitario revelado en Jesucristo.

También hemos nombrado al P. H. De Lubac que trabajó para resituar a Dios como la realidad infinita que está en el centro y es principio de todas las criaturas creadas²². De su esfuerzo se deriva que la relación con Él es constitutiva de todas ellas. Esta *res infinita* se establece como núcleo de lo existente sólo y a través de la Palabra encarnada en Jesucristo: únicamente en forma cristológica o,

20 San Juan Pablo II, Carta a las Familias, n° 13.

21 “As interpreted in the writings of pope John Paul II and Hans Urs von Balthasar” en Schindler, D. L., o.c., p. 30. Aunque, indudablemente, esta afirmación está sujeta a debate: sin embargo, quedémonos con las líneas generales de los planteamientos de estos dos autores para los efectos del presente trabajo.

22 Cfr. *ibid.*, p. 198

por ende, trinitaria. La verdadera naturaleza de la *communio* nos es concedida precisamente en este molde. Todo lo que llega a ser tiene su identidad de criatura solamente en cuanto es configurado en relación a Cristo y se plenifica en relación, en sentido comunional. La *communio* plena es dada sólo en la Santísima Trinidad y en Cristo Jesús. Y una visión del cosmos centrada en Dios-Trinidad-Cristo exige entonces la comprensión de todas las entidades creadas desde la lógica de la comunión, del amor; en sentido analógico, obviamente: únicamente de este modo accedemos al profundo entendimiento de cada entidad y de cada aspecto del cosmos²³.

En conclusión, hemos expuesto con la ayuda de H. U. von Balthasar (y de S. Juan Pablo II, J. Ratzinger-Benedicto XVI, H De Lubac, etc) las principales líneas de la eclesiología *communio*²⁴. Esta renovada comprensión del cosmos a la luz de la comunión sirve como coordenadas orientativas y decisivas de la lógica interna y el dinamismo de la misión del cristiano en su colaboración con Dios en la salvación y redención del mundo. El papel de la Iglesia y del cristiano en el mundo, así como el diálogo con él, cobran una renovada luminosidad que dan así respuesta al tema central del Concilio Vaticano II y ayudan a comprender mejor como éste es una tarea aún pendiente²⁵.

II. UNA INICIATIVA EDITORIAL, INSPIRADA EN UNA ECLESIOLOGIA

Y de este marco general y más amplio, descendemos a una iniciativa editorial internacional que tiene teóricamente en esta eclesiología que hemos abordado su filosofía fundacional y en esta conceptualización, su título de presentación. Se trata de la Federación de Revistas Internacionales Católicas-Communio. Así lo confirmaba J. Ratzinger: “A partir de tal visión, dimos, H. De Lubac, H.U. Von Balthasar y los restantes cofundadores, el título

23 Sobre la dimensión cósmica de la Encarnación del Verbo, cfr, p. ej. S. Juan Pablo II, *Dominum et vivificatem*, nº 50 y la monografía, “Teología de la Historia” de H. U. von Balthasar.

24 Para una buena síntesis final, cfr. Schindler, D. L., o.c., *Conclusion*, pp. 312-316.

25 Cfr. nota nº 2.

de *Communio* a la revista internacional que pudimos, finalmente, comenzar en 1972”²⁶. Respecto a un título tan significativo, asevera: «la palabra apareció de repente como una especie de iluminación, porque efectivamente podía expresar todo lo que nosotros pretendíamos», afirmaba el entonces teólogo bávaro y purpurado²⁷. Algo muy parecido sucedía con H.U.v. Balthasar²⁸.

Este era el cometido y fin último apostólico de la publicación en sus líneas maestras, sin embargo, había un peligro serio y real, propio del pensamiento académico, de su deformación (el academicismo), que de una manera sutil y delicada se señalaba: «¿Hemos enviado verdaderamente a un mundo hambriento la palabra de la fe de manera comprensible y directa al corazón? ¿o nos hemos quedado dentro del estrecho círculo de los que se pasan la vida polemizando en interminables cuestiones eruditas y pasándose la pelota unos a otros?»²⁹. La advertencia de este peligro para el ejercicio de tan noble tarea también se hacía extensiva a los dinamismos negativos propios de los cenáculos cerrados en sí mismos y en sus vínculos personales corporativos, bien descrita irónicamente en la imagen de “pasarse la pelota unos a otros”.

Por ello, en este nivel de la vida real, concreta, de la transmisión de la fe y no solamente de ideas (“*non scholae sed vitae discimus*», Séneca), se jugaba el objetivo misional de la publicación: si tristemente no se alcanzaba la meta -quedándose el reto en un planteamiento de carácter meramente académico y erudito-, de mera especulación teórica y sin garra existencial y propositiva, no podía ser sólo a causa del mero hecho de un planteamiento editorial inadecuado sino por la falta de un trasfondo personal y comunitario que transformase la publicación en un empeño evangelizador y, para ello, debería de partir una comunión viva, reflejo de la vida del Espíritu (“una revista que piensa ‘comunionalmente’”³⁰). El empeño, para todo ello, no podía ser meramente

26 J. Ratzinger, o. c, p. 129.

27 J. Ratzinger, *Ser cristiano en la era neopagana*, p. 56

28 “The word in its full range of meaning contains a program” International Catholic Review. *Communio* (USA), “Communio: a program”, p.155.

29 J. Ratzinger, *Ser cristiano...*, p. 66.

30 *Ibid*, p. 63.

teórico sino que: “nos parecía que el título exigía crear una verdadera comunidad de lectores y que la propia revista «*Communio*» debía ser el resultado de una auténtica comunión”³¹ (incluso para su financiación, inicialmente).

En otro contexto, Joseph Ratzinger reflexiona hondamente sobre este aspecto tan necesario: citando a S. Agustín, subraya que una de sus ideas eclesiológicas y pneumatológicas predilectas es la idea de edificar, de permanecer, de unidad, de amor. S. Agustín, en una Iglesia lacerada por el odio y por las divisiones entre grupos, exalta, con toda la razón, el carisma, decisivamente necesario, de colaboración en la edificación de la unidad de la Iglesia. También trae a colación en este sentido a S. Pablo quien asimismo situaba el edificar, el amor, como el único carisma importante y solo él importante para todos, junto al de profecía y el anuncio³². Así lo subrayaba también H.U. von Balthasar, rememorando las primitivas comunidades cristianas³³.

Y en este orden de cosas, nunca fue concebida como órgano de ningún movimiento apostólico o carisma, sino que debía dirigirse a todo tipo de cristianos, independientemente de su procedencia³⁴. La independencia de cualquier atadura que significara condicionamientos de cualquier tipo que limitaran su acción, hasta políticos, se señaló siempre como un aspecto importante a tener en cuenta, como también observa el entonces Cardenal: “Franz Greiner, se mostró dispuesto a poner toda su experiencia y energía al servicio de nuestra revista, que estaba apunto de nacer. Lo hizo con una buena dosis de generosidad, fundando él una nueva editorial para asegurar la independencia de la obra;

31 *Ibid*, p. 57

32 Cfr. J. Ratzinger. *Caminhar juntos na fé...*, pp. 56 y 58, respecto a S. Agustín; S. Pablo p. 58.

33 “The Christians were indeed conscious of themselves as forming a little group in the face of the darkness of the hostile world around them, a community (*koinonia, communio*) of love, founded and nourished by God’s love manifested and bestowed in Christ”. ICR-*Communio* (Summer 2006), p.153.

34 Cfr. J. Ratzinger, *Ser cristianos...*p. 58.

Greiner no sólo renunció a sus honorarios, sino que puso a disposición de la empresa sus recursos personales”³⁵.

Las Revistas Católicas Internacionales-Communio se marcaban pues un propósito relevante, el sentido misionero de la publicación quedaba significativamente resaltado por aseveraciones tan descriptivas como las siguientes: «nuestra revista tiene que ser misionera en el sentido pleno de la palabra. Europa está hoy a punto de volver a ser de nuevo pagana. Pero entre estos nuevos paganos existe también una nueva sed de Dios»³⁶. En esta línea, se subrayaba que: «debe dirigirse a los hombres que buscan y se cuestionan seriamente su existencia para, en diálogo con ellos, aprender a percibir la luz de la Palabra (...) nuestra revista tiene que ser misionera en el sentido pleno de la palabra»³⁷.

Este propósito fundacional –coincidente con la revista que nos acoge en la que se publican estas páginas- poseía un alcance mayor (interconfesional e interreligioso) que los límites visibles de la Iglesia Católica, así, según el programa escrito por Von Balthasar: “es evidente que el diálogo puede ayudar a soportar y dirimir las tensiones internas cristianas, pero solamente la *communio* podrá hacerlas desaparecer y resolverlas de verdad”³⁸. Y citaba algunos ejemplos. Uno, la tensión entre Iglesia oriental e Iglesia occidental, en las que existe una comunidad de sacramentos pero habría que ver si es tenida en cuenta en la teología occidental católica o protestante (en cuanto que compartimos el primitivo cristianismo, una tradición venerable de diez siglos).

Otro ejemplo aludido fue el diálogo con evangélicos y anglicanos, posible solo en la comunión en Cristo, que nos abraza y no construimos nosotros. La profundización en este ámbito vendrá, decía, de la mano de una mayor comprensión de esta comunión,

35 Ibid, o.c., p. 55. En los inicios se contó con personas que, además del aspecto meramente intelectual, se ocuparon de salvaguardar la necesaria autonomía administrativa, económica y jurídica que evitaba ataduras e hipotecas: con gratuidad, empleando a fondo su empeño, esfuerzo, su tiempo y sus medios.

36 J. Ratzinger, *Ser cristiano...*, p. 63

37 Ibid, p. 63

38 Cfr. para lo que sigue: a.c., ICR- Communio, (Summer, 2006), “Communio: a programm”, pp. 164-165.

extrayéndola de las trampas de la argumentación y la superficialidad situándola en un horizonte más universal. El encuentro verdadero y en profundidad se dará cuando reconozcamos las exigencias de esa *communio* que nos ha sido ya previamente concedida en la autocomunicación de Dios. Este camino también habría de recorrerse con los creyentes en otras religiones o absolutos o con concepciones diversas de lo sagrado. En definitiva, la comunión ha de proyectarse en el diálogo con todos los hombres y situarse en su punto de partida.

III. LA SINGLADURA DE UNA CONCRECIÓN ESPAÑOLA DE LA PROPUESTA ECLESIOLOGICA CONCILIAR (2006-2009)

En la última etapa en nuestro país de la correspondiente edición nacional (2006-2009), el impulso inicial provino del responsable del nuevo comité de Redacción (así indicado en Quebec, 2007) y presidente de la Asociación Procommunio (que no ocupaba cargo o puesto alguno eclesial, ni formaba parte de ningún *establishment* o grupo), creada explícitamente para la dirección, redacción y promoción de la nueva etapa de la publicación (e independiente de cualquier editorial, institución, organización o movimiento como quedaba consignado en los rótulos iniciales en la primera página y es norma establecida en la Federación Internacional³⁹)

El paso adelante fue motivado por su sorpresa ante la ausencia de España en este foro, su experiencia personal de la urgente necesidad de una mayor comunión intraeclesial (entre realidades eclesiales, ámbitos universitarios y teológicos, etc) y, como a tantos creyentes, lo que movió a S. Pablo: “la caridad de Cristo nos urge” (2 Cor, 5, 14). Por ello se decidió situar en el frontispicio de la revista, en la primera hoja, el siguiente *leivmotiv*: “*Communio* fue

39 “Independiente de todo movimiento, institución u organización eclesial”. Y así, p. ej, lo subraya la edición francesa: “Indépendante de tout éditeur, mouvement, congrégatio” <https://communio.fr/a-propos/Qui-sommes-nous-%3F>

fundada para dirigirse a todo tipo de cristianos, independientemente de su procedencia, convocándolos a una fe común”⁴⁰.

Se añadía en la misma página inicial, más abajo: “desde una mirada (...) cordialmente abierta a todos, pretende contribuir en la medida de sus fuerzas a la importantísima tarea de la *communio ecclesiae*.”⁴¹ En tres de los números, insistiendo en este aspecto y con motivo de determinados cambios, apareció este texto: “recientemente, una destacada personalidad de la Iglesia española afirmaba solemnemente que ‘hay tantas opiniones sobre la fe y la moral, grupos y tendencias en la Iglesia que parece como desgarrada o hecha jirones’. El propósito decidido que anima nuestra labor es (...) que la revista se convierta en instrumento de comunión eclesial, en una ‘apertura hacia la totalidad de lo católico’”⁴². Sin duda, éste era un elemento y propósito esencial⁴³ e inherente al proyecto mismo.

En aquél preciso momento, además de las tensiones intraeclesiales que precisaban de un cierto ecumenismo *ad intra* -también y de manera importante entre facultades y universidades eclesiales⁴⁴, España entraba en una fase de legislaciones fuertemente ideológicas y anticristianas lo que también coadyudaba a la

40 Extraída del discurso ya citado de J. Ratzinger, con ocasión del XX aniversario, 1992.. *Ser cristiano*..pp. 52-66.

41 “Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, es el de la comunión (*koinonía*)” *NMI*, nº 42. También del papa S. Juan Pablo, en su discurso de 1992 a la Federación: “Dans l’article publié en tête de chaque nouvelle édition qui s’agrège à «Communio», article qui constitue le projet que se fixe la revue, le Père von Balthasar avait formulé une charte dont les revues du groupe doivent s’inspirer pour promouvoir la communion ecclésiale”. *ICR-Communio* (Fr), nº 106, p. 74, 1993.

42 Cfr. “Carta a los lectores”, ejemplares nº 4, 5 y 6. *ICR-Communio* (España), Nueva Época, 2007.

43 “Ces revues ont pour but de promouvoir el développer une véritable communion, sans se contenter d’en parler et d’écrire à son sujet”, recoge el acuerdo adoptado entre las ediciones de *Communio* en su reunión internacional de París, del 28-5-1978.

44 “Que cet esprit de communion, demeure votre souci principal! Plus encore, grâce à vos revues, soyez un ferment de communion et d’unité dans un monde, et parfois aussi dans des communautés chrétiennes, marquées par des tensions et des divisions! Comme l’écrivait le père Balthasar, soyez des hommes et des femmes de cet «amour absolu qui englobe les adversaires. En lui, se trouvent réconciliés malgré tout ceux qui ne se comprennent pas, qui peut être ne peuvent plus se souffrir». S. Juan Pablo II, *ICR-Communio* (Fr), nº 106, p. 74.

necesidad de articular medios de expresión que iluminaran la realidad espiritual, social y cultural del país.

El entonces arzobispo y después cardenal D. Fernando Sebastián Aguilar, tras señalar algunas ideas muy sugerentes y ambiciosas como propuesta para la revista en España se preguntaba: “¿podremos salir algún día de las estériles polémicas entre hermanos y crear algunas iniciativas de mayor aliento misionero y evangelizador?. Creyendo en el Señor tenemos que decir que sí es posible. Solo falta que alguien quiera emplear su vida en ello?⁴⁵”. Y esto es lo que ocurrió en el empeño de reeditar la revista.

El entonces cardenal J. Ratzinger señalaba -tomándolo del programa escrito por von Balthasar-: «como la tarea de *Communio*: 'no se trata de hacerse el valiente con fanfarronería, sino de tener verdadero valor cristiano para exponerse'»⁴⁶. La implicación en la empresa significaba, así pues, la virtud (-en su sentido etimológico *vir*, *virí*, hombre, varón, héroe, soldado, etc.) para exponerse, «poner algo o a alguien en situación de sufrir daño o perjuicio» (RAE). Obviamente no con ningún ánimo beligerante sino subrayando que toda iniciativa apostólica conlleva un salir de sí mismo y aceptar las dificultades que se presenten con la «*parresía*»⁴⁷ requerida. “¿Hemos dado muestra suficiente de ese valor al que aludía Balthasar o hemos preferido escudarnos en la erudición teológica?”⁴⁸, es una pregunta a la cual cada cual habría de responderse en conciencia tras el paso del tiempo.

Así pues, sin duda, la iniciativa precisaba «del ímpetu, la alegría del riesgo y el coraje de la fe para una empresa semejante»⁴⁹. Partiendo de la premisa de que una publicación sin la vida detrás

45 RCI-*Communio* (Esp), 1991, nº 1, pp. 20-21.

46 J. Ratzinger, *Ser cristiano*, p. 53. 'Dans cette tâche, *Communio* voudrait être fidèle au mot de Hans Urs von Balthasar: «il ne s'agit pas de faire preuve de bravoure, mais d'avoir toujours le courage de s'exposer», utilizando una expresión del teólogo suizo citado. <https://communio.fr/a-propos/Qui-sommes-nous-%3F>

47 (<https://www.biblia.work/diccionarios/parresia/>) La palabra griega *parresía* se deriva de dos raíces: *pan* (todo) y *rhésis* (discurso). El significado fundamental de *parrésia* es el de “libertad para decirlo todo”; de aquí las diversas modulaciones de su significado: franqueza, valentía, libertad confiada.

48 J. Ratzinger, o.c., p. 66.

49 *Ibid*, p. 55.

a la que aludíamos, no haría honor a su título puesto que: «la propia revista '*Communio*' debía ser el resultado de una auténtica comunión»⁵⁰ para lo cual era preciso abrir el paso y preparar el terreno personalmente y de manera ineludible a la acción del Espíritu Santo puesto que “Dios es el que obra en nosotros el querer y el acabar, según su beneplácito”⁵¹. El don precioso de la comunión, gracia recibida, como reflejo de la comunión divina y de Dios con los hombres, es un profundo valor como testimonio evangélico y, por lo tanto, misionero. «De Él surge la comunión, y no de otro sitio»⁵².

Y el Espíritu, como discernimiento básico, se manifiesta en las obras donde resplandece la verdad y la justicia, el amor y el servicio, no en sus actitudes contrarias; allí donde la comunión es posible, la verdadera: no máscaras y apariencias de la misma. No una mera comunidad de intereses académicos, universitarios o de prestigio y proyección personal. Este era el verdadero termómetro de la autenticidad y de fidelidad al proyecto, que como puede fácilmente deducirse no puede ser reducido a una simple palabra –como un mero concepto– que aparece en una publicación accidentalmente. Ni, por ello, podía ser rebajado tampoco a una mera cabecera publicística o editorial.

Había pues que tratar de facilitar el estar abierto al don de lo alto desde la fraternidad vivida, desde el respeto amoroso, la sinceridad y la entrega desinteresada: lo contrario a los egocentrismos e intereses materiales o de prestigio, como afirmaba S. Juan Pablo II: “No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se

50 Ibid, p. 57. S. Juan Pablo II: “Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente”. *Novo Millennio in Ineunte*, n° 43.

51 Flp. 2, 13.

52 Ibid, p. 61.

convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”⁵³. Este camino es un don, no el esfuerzo voluntarioso meramente humano, pero cuando es concedido es un reflejo de la presencia actuante de la Tercera persona de la Santísima Trinidad: por eso se comprende que en la Tradición cristiana la *Koinonia-Communio* se haya convertido en un atributo del Espíritu Santo (cfr. 2 Cor 13, 13).

No era menor también, en su origen, la perplejidad de que en España se hubiese dejado de publicar la edición española, cuando había quince ediciones de otros tantos países y aún hoy se editan trece: España no podía dejar de estar presente en esa red internacional por omisión. Por todo lo anterior, la Asociación promovida quiso concitar en el consejo de redacción y en el consejo asesor a personas de diferentes procedencias, sensibilidades, facultades y universidades católicas –con la clara intención de colaborar juntos en un espacio de reflexión y de diálogo, también y ante todo con los lectores (los verdaderos y esenciales protagonistas), más allá de las diferencias legítimas, que no de raíz.

Para ello se habló también desde dicha asociación personalmente con un rector de una universidad pontificia importante, se animaron a miembros de diferentes universidades civiles y católicas, a profesores de facultades teológicas, miembros de diferentes órdenes religiosas, docentes, etc.⁵⁴ A veces, en este proceso, se palpaban las heridas abiertas y las sospechas de sesgo y particularismos. El objetivo era, por lo tanto, doble: intelectual y de concreción cristiana, vital, de la palabra que presidía la revista: la *communio*⁵⁵.

53 *Novo millennio ineunte*, n° 43.

54 «El consejo de redacción debía estar formado tanto por clérigos como por laicos, tanto por teólogos como por representantes de otras disciplinas, para que la revista pudiera convertirse así en un auténtico foro de diálogo entre fe y cultura» (p. 57). «La revue rassemble pour ce travail laïcs et clercs, hommes et femmes, théologiens et universitaires de toutes disciplines, en collaboration avec les autres rédactions de Communio» Qui nous sommes? [http:// www.communio.fr](http://www.communio.fr)

55 «Le vrai prédicateur de l'Évangile est celui qui, par amour du Christ et de ses frères, est désireux de rendre compte rationnellement de la vérité chrétienne et, en même temps, a le souci de promouvoir l'unité et la compréhension mutuelle, plutôt que d'entretenir des polémiques, à l'intérieur comme à l'extérieur de l'Église. À cet amour, nous dit saint Jean, «tous reconnaîtront que vous êtes mes disciples » (Jn 13, 35)». S. Juan Pablo II, *ICR-Communio* (Fr), n° 106, p. 74.

Y discúlpese la exposición a continuación de algunos aspectos prácticos y de la materialidad del proyecto pero también ello forma parte del cumplimiento de los fines y de la bondad de los medios, en definitiva, del espíritu de la empresa acometida y sus aspiraciones. La práctica real es el “*locus*” vital donde se juega la edificación de la comunión eclesial, si ella es el fin, nada se construye sin tenerla presente, es a la vez el medio y el fin último: a veces se olvida que en la Iglesia nada se puede hacer sin la caridad.

En esta nueva etapa –a partir del cuarto número, año 2007- se contó con la ayuda indispensable y el entusiasmo de una nueva editorial que, aconsejada por algunos miembros de los consejos de redacción anteriores la animaron a editar la revista al plantear esta la diversidad y pluralidad de procedencias y sensibilidades⁵⁶. La publicación llevaba un año y medio sin editarse cuando se retomó en el 2006 por haber ido languideciendo durante años, sin un grupo activo detrás que colaborase y trabajase en común – como era la idea fundacional-, y, finalmente, se resentía la calidad de lo ofrecido ante la ausencia de colaboradores, a veces estudiantes. Ante este horizonte, los anteriores editores –sin más interés hasta entonces de que siguiera apareciendo la cabecera a pesar de no responder en absoluto al espíritu de la revista- (que únicamente era sostenida por una única persona externa), dieron cierre a la publicación al igual que seis años atrás estuvo un año sin editarse (en 1998).

La autonomía necesaria (editorial, económica, jurídica, etc)⁵⁷ –lo que estaba en los genes y la filosofía del proyecto también en los inicios de la Federación Internacional, como ya se expuso- fue

56 Règlement interne des Revues Communio, le 5 mai 1989.”2.Aucune édition n’est l’organe d’un ordre, d’une congrégation ou d’un mouvement. Des membres de tels groupements peuvent faire partie du Comité de Rédaction, mais ne devraient pas en former la majorité”.

57 Accord entre les éditions de Communio. Adopté à la réunion internationale tenue a Paris le 28 mai 1978 (3) “Parce que l’esprit de communion occupe une place si capitale dans notre travail, il semble important d’établir concrètement des modalités de collaboration et des infrastructures qui soient suffisamment larges pour être valables dans le contexte particulier de chaque édition, et suffisamment souples pour être localement adaptées à des situations en perpétuelle évolution. Ces directives doivent être respectées par toutes les éditions”.

comprendida y respetada por la nueva casa editorial de cara a la nueva etapa: además resultaba no ser una mera empresa ni funcionaba únicamente como tal de cara al proyecto, sino que era también una obra corporativa apostólica. El nuevo impulso, liderado por la Asociación Procommunio, encontró en los nuevos editores de la revista una disposición esencial: que compartían plenamente el ideal, era su deseo llevar a cabo un servicio eclesial como solicitaba la propia Red Internacional, con altura de miras⁵⁸, mucho más allá de los propios intereses editoriales o comerciales.

Para evitar la dependencia de fines particulares, económicos o empresariales⁵⁹ (y las malas prácticas jurídicas, administrativas y económicas) el reto era hacer viable y sin hipotecas la edición española para sus sostenibilidad a largo plazo. Como punto de partida, punto de encuentro y plataforma de trabajo en común esencial, era decisivo lograr lo que se consiguió sobradamente: su solvencia en términos materiales, lo que se demostró perfectamente posible -con dedicación e interés en ello- aún con la situación muy deteriorada anterior. Se logró aglutinar asimismo una renovada comunidad de lectores también, uno de los fines básicos

58 "Son nom ne saurait être utilisé par des individus ou des éditions individuelles ou en vue de fins particulières" Règlement interne des Revues Communio, le 5 mai 1989 (1). Ello incluye, obviamente, utilizar el título como si de un activo empresarial o 'bien intangible' se tratara: esto es, con fines lucrativos, reducir la edición de la revista a una mera cabecera o a un mero producto mercantil y editorial. En este sentido, la Federación Internacional de Revistas Católicas Internacionales-*Communio* dejó establecido el *fair-play* de que editoriales que hubiesen dejado ya de publicar la revista no debían registrar la propiedad de la cabecera (dado en Roma, 2007).

59 "Fem primeiro lugar, a lógica empresarial que parece querer sobrepor-se à Communio como serviço da Igreja. Lembro-me que H. U. von Balthasar comparava as diversas edições a "uma frágil teia sob o sopro do Espírito".(email de la edición portuguesa, 4-10-2007). "Robar, engañar, falsificar documentos, en una palabra, perversión. Y con ella al descubierto hemos perdido la confianza en realidades y personas a las que habíamos otorgado crédito. De esto hay que hacer examen de conciencia, con aceptación de los hechos, con identificación de culpables, con un proyecto de enmienda de ese pasado (...) Un pensamiento que pone nuestros deseos en lugar de los hechos, acomodándolos a los propios intereses. Trampa mortal porque la realidad nos precede y nos supera (...) la verdad padece pero no perece, afirmaba Santa Teresa, que algo sabía de la condición humana". O. Gonzalez de Cardedal, ABC, 1 de mayo de 2016. ¿Será que se predica sin el ejemplo, que no se es honesto ni coherente a la hora de la verdad y que se autojustifica cuando conviene a los propios intereses? CIC 1868.

y fundamentales que, además, propició al mismo tiempo la viabilidad del trabajo de la revista.

Todo empeño publicístico tiene un ideario y unos propósitos definidos que orientan su desarrollo, y a ellos hay que adecuarse, pero también incluyen contar con la gestión económico-administrativa y jurídica, soporte sin el cual no se puede llevar a cabo ninguna labor profesional y duradera. En este sentido, ocurrió igual que en los inicios de las revistas pioneras⁶⁰, se contó con el trabajo concienzudo y esforzado fundamental para la subsistencia y mantenimiento en el tiempo de cualquier empeño serio y profesionalizado -también de tipo intelectual-, aunque, como decía con sorna D. Julio Caro Baroja como latiguillo: “el intelectual desprecie aquello que desconoce”, como muchas veces le ocurre con los aspectos más prácticos. Esta era una de las dimensiones clave del proyecto, el servicio, y no tanto para servirse para ambiciones personales o servirse para fines de prestigio o corporativos⁶¹.

Se añadía por otro lado el hecho, también advertido por el entonces cardenal Ratzinger, de que había que respetar unos derechos previos: “En España había una pequeña revista con ese título y en Roma una colección de libros. Por este motivo había que elegir otro título, Revista Católica Internacional, añadiéndose ‘Communio’ como subtítulo para, de este modo, no vulnerara los derechos de los demás”⁶². Este hecho era importante para entender que, por ejemplo, en Alemania, la cabecera de la revista salió inicialmente a la calle con la también denominación genérica en

60 Cfr.. nota nº 35. Un voluntario cargó sobre sus espaldas también en España – con ayuda de asesores expertos externos que fueron fundamentales- con el peso de una labor callada y escondida, sin brillo y con difíciles obstáculos.

61 “Debe ser determinante la ligazón del discurso sobre Dios con el discurso sobre el servicio común. Al fin y al cabo, no por casualidad que, los evangelios, vuelve, en diversos contextos, a la palabra de Jesús según la cual los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos, como un espejo que a todos da respeto” J. Ratzinger, *Caminhar juntos...*, p. 131.

62 J. Ratzinger, *Ser cristiano...*o.c, p.56. Así, la edición francesa: “Il y eut certes tout d’abord quelques difficultés, car ce nom était déjà utilisé. (...) C’est pourquoi il fallut choisir un autre titre principal –Revue Catholique Internationale– auquel on pouvait, sans problème juridique, adjoindre le sous-titre Communio. En France, une petite revue portait ce titre, à Rome une collection s’appelait ainsi”. <https://communio.fr/numero/summary/58/>

España de “Revista Católica Internacional” por pertenecer los derechos de la cabecera *Communio* a otra editorial (Herder)⁶³.

Efectivamente, los dominicos de la provincia Bética de España publicaban desde 1968, y hasta 2008 inclusive- una revista cuya cabecera era precisamente *Communio*. La Revista Internacional Católica-*Communio* pudo editarse, pues, en nuestro país gracias a la generosidad con la que los dominicos no ejercieron sus derechos, siendo los titulares, a pesar de las confusiones en la era de internet y con una página web ajena⁶⁴ a la que acudían sus lectores equivocadamente.

Así pues, continuando con el planteamiento y la ilusión de la reedición, la idea de relanzar *Communio* aglutinó así la demanda inicial que consideraba indispensable que el pensamiento español mantuviera viva –revitalizándola– esta revista de dimensión internacional católica (con una sección española propia) y con la tradición y solera que supone haber sido impulsada por grandes maestros de la teología del siglo XX: H. De Lubac, Ratzinger, von Balthasar, etc. En la nueva época de la edición española, de las diversas que había y hay en la red internacional, se recordaba este aspecto y por ello se consignó: «El mejor homenaje que cabe hacer a la memoria de estos grandes pensadores es conservar la inspiración inicial de la revista, que nunca fue una revista sobre sus fundadores»⁶⁵. Por ello, tampoco se entiende bien que a veces se confundiese el fin inicial con el que se impulsó la revista, ciertamente sobresaliendo en ello personas concretas, con la exigencia de convertirla en una especie de órgano de difusión del

63 Finalmente, sólo en el caso alemán, afortunadamente se pudo incorporar el término a la cabecera gracias a la colaboradora donación altruista de la casa editorial alemana, que ya no lo usaba. En España no pudo ser así al seguir apareciendo la revista “Communio” dominica y ser de su propiedad registral, permitiendo que se publicase la edición española de la Federación Internacional, como fácilmente puede advertirse, con el término como subtítulo y en lugar diferenciado de la cabecera: “Revista Internacional Católica”, denominación más genérica de tres palabras que no es registable.

64 La nueva época de la ICR-Communio (España) disponía de un website propio al que llegaban consultas equivocadas. Como puede deducirse en sus contenidos alusivos al 2008, aunque el último número aparecido y final de su publicación llevara el rótulo del segundo semestre del 2007, la revista *Communio* de los dominicos se editó cronológicamente hasta el segundo semestre del 2008.

65 (Cfr <http://www.arbil.org/111comm.htm>)

pensamiento teológico de algún teólogo concreto: en la Iglesia también hay que evitar ciertas posturas que pueden correr el riesgo de presentarse “como un fanatismo teológico”⁶⁶.

En este orden de cosas también se señalaba entonces que todo ello «no está reñido con el hecho de que, en este nuevo periodo de su historia, la revista haya de acomodarse a las circunstancias presentes y reorientarse en su planteamiento cuanto sea necesario para cumplir con mayor eficacia su función»⁶⁷. Entre ellas y otras que podríamos citar, para abarcar un público mayor y eludir la especialización técnica por ello la revista en su edición española se concibió como una revista de pensamiento y cultura en sentido amplio, lo que estuvo también en la idea primigenia de los promotores en su día de la publicación⁶⁸.

Un camino así no está exento de dificultades⁶⁹. Tanto el entonces cardenal Ratzinger como H. U von Balthasar reflexionaron sobre las nuevas realidades eclesiales en su relación con la Revista Internacional Católica-Communio. Esta reflexión queda recogida muy nitidamente en el discurso de 1992 pronunciado, a raíz del 20 aniversario, por Joseph Ratzinger⁷⁰. Si en el pasado pudieron existir dificultades en este sentido no nos corresponde valorarlas ni juzgarlas, lo que sí se puede afirmar es que en esta última etapa a la que nos referimos, como queda sobradamente expuesto, estaba en la intención desde el principio⁷¹. El impulso inicial llevaba este sello de marca desde el inicio.

Retomando el hilo de la exposición cronológica de la última etapa de la publicación, cabe decir que en la reunión internacional en Portugal (2008), se invitó a que cada edición buscara la

66 Ratzinger (p.132).

67 3.Cette tâche quasi constitutive de COMMUNIO exige évidemment un continue aggiornamento; pour que nous y restions fidèles. 1 de mayo de 2008.

68 Dado «que no debía ser una oferta puramente intelectual» (...)“al modo de la primera edición alemana y su inspiración en la tradición de la revista precursora *Hochlanf*. J. Ratzinger, *Ser cristiano...* p. 55.

69 De ser cristiano forma parte la aceptación entera de los creyentes, la humildad (humilias) del amor, o «soportarse unos a otros» pues, en caso contrario, falta exactamente el Espíritu Santo, que es quien unifica (ibid.).

70 J. Ratzinger, o.c, pp. 64 y 65.

71 Cfr. nota 55.

solución a sus propias dificultades⁷² y el trabajo del nuevo equipo se vio confirmado, apoyado e impulsado por la Federación Internacional: «los números aparecidos manifiestan que el nuevo equipo tiene el máximo dinamismo así como la máxima fidelidad al proyecto de *Communio* y el trabajo llevado a cabo es conforme al espíritu y la ambición del mismo: cuenta con nuestro pleno apoyo en el seno de la Federación Internacional»⁷³.

Ante las situaciones expuestas anteriormente, se articuló, pues, una solución jurídica y editorial consultada con expertos tanto legales como editoriales. La solución quedaba en manos, como era natural, de los obligados criterios técnicos y de justicia, de respeto jurídico, morales y de adecuación a la verdad (todos ellos documentables⁷⁴). Pudieran darse otras consideraciones pero no podían obviar o no contemplar los criterios que acabamos de citar -dando lugar a otros de tipo arbitrario o corporativo-. La caridad se muestra en su *minimum* como solución leal al ejercicio de la misma, aspecto que debía defender siempre hasta la extenuación: “la denominación del Espíritu como amor se transforma

72 Véase documento interno, Lisboa, del 1 de mayo de 2008.

73 Con anterioridad, en la reunión mantenida el 18 y 19 de mayo, en Québec, se respaldaba a dicha Asociación, impulsora de la nueva etapa para que se responsabilizara de la publicación y que “pueda pasar de la manera más ventajosa posible (...) a la Asociación Procommunio y/u otra editorial” (cfr. Carta a los lectores, nº 4, 5 y 6 de la nueva época). Además, posteriormente, a consulta de la edición española, la Federación Internacional de revistas clarificó en una carta dada en Roma el 8 de diciembre de 2007 cuál es la filosofía de *Communio* en lo que se refiere a la relación que se debe dar, respetando su espíritu, entre aquellos que la publican y los que detentarían la propiedad legal de la cabecera y no la editan. En coherencia y lealtad a este pronunciamiento surgió la obligación moral de tener que cambiar la cabecera de la revista, que no su identidad ni adscripción a la red internacional de revistas *COMMUNIO*. En Lisboa, 2008, se propusieron por parte española creativamente algunas posibilidades para solventar ciertas dificultades existentes, dado que existían antecedentes en diferentes ediciones (tanto geográficos -la edición ucraniana: *Koinonia*, por ejemplo-, como históricos -lo ocurrido en los inicios con la revista alemana: *Revista Internacional Católica*-), así como instrumentos de tipo canónico. Posteriormente se trató el asunto dentro del marco de las opiniones y valoraciones subjetivas.

74 Una solución compleja: se debían sortear dos imprevistos: uno, que se pudiera plantear dentro de la legislación vigente para poder proteger el uso editorial y, segundo, la necesidad suscitada de que figurara una nueva dirección -al solicitarse el relevo- (una solución adecuada dentro del estrecho margen de acción de integrantes de la directiva de la Asociación que promovía las pautas directrices, publicación y promoción de la revista, incluida consulta previa -con resultados negativos- a posibles personas con el perfil adecuado).

en clave de existencia cristiana y, al mismo tiempo, en amor, interpretado concretamente: como paciencia eclesial”⁷⁵.

Siempre hay que recordar el hecho de que: “en la Iglesia católica no se pueden aplicar simplemente criterios legales. Tenemos una responsabilidad moral especial”⁷⁶, porque además de la ley justa, el mínimo, se añaden las exigencias éticas en la firme convicción de que como ha reiterado hasta la saciedad J. Ratzinger-Benedicto XVI: “la caridad no está contra el Derecho”⁷⁷. No se puede aspirar a la comunión por otro camino que la misma comunión, basada siempre en la verdad, la justicia y la caridad verdadera.

Como prosigue S. Juan Pablo II, en la *Novo Millenio Ineunte*: “En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias”. El Papa polaco incidía en lo que está en juego es una comunión eclesial sostenida en la caridad, la verdad y la justicia y no construida sobre los disvalores totalmente opuestos, por los que la fragilidad humana opta equivocadamente construyendo así una máscara ridícula de la verdadera comunión cristiana⁷⁸. En palabras de H. U. Von Baltahsar, lamentablemente, la misión eclesial se ve dañada por la debilidad humana: el verdadero abismo impresionante entre el principio real y la lastimosa incapacidad de vivir en consonancia correspondiendo al don⁷⁹.

75 Ibid. p. 50.

76 <https://jesuitas.lat/noticias/16-nivel-3/5848-hans-zollner-el-verdadero-problema-del-abuso-sexual-no-es-la-orientacion-sexual-sino-el-abuso-de-poder>.

77 J.Ratzinger, *Caminhar juntos...*p. 50.

78 “(Los donatistas) quebraron el amor (...) pusieron su idea de perfección por encima de la unidad. Conservaron todo aquello que constituía la Iglesia Católica, solo que renunciaron al amor y la unidad. Y es precisamente por esto que todo el resto es vacío”. Ibid, p. 51.

79 “De nuevo, exactamente, una discusión de los discípulos sobre quién era el mayor, una discusión que, por lo visto, no se quiere callar en ninguna generación (...) nos detenemos en nuestro tema preferido, la cuestión de nuestras prerrogativas. Y si Él apareciese en medio de nosotros y nos preguntase de qué hablábamos, cómo tendríamos que callar de vergüenza y guardar silencio: Mc 9, 33-37” Ibid. p.130.

La elección de una nueva cabecera, *Unum Sint*, fue la opción escogida y fue inspirada como un reclamo por los textos fundacionales de la publicación -que sugerían algunas pistas⁸⁰. Así lo

80 “¿POR QUÉ UNUM SINT? En el editorial de H.U. von Balthasar: “Comunio: un programa” se apela continuamente a la comunio “que es instaurada y regalada por Dios a través de Cristo”. El gran teólogo suizo subraya la idea de que ésta es un don que no puede pretenderse puesto que: “todo “querer-ser-uno” apela siempre a un “ya-ser-uno” previamente; pero no por nosotros mismos, en virtud de esfuerzos (...) La unidad regalada es para nosotros “indisponible”: procede de Dios”. Y continúa argumentando que precisamente por ser creados a “imagen y semejanza de Dios” poseemos el deseo y la mirada hacia un horizonte de comunión más perfecta entre todos los hombres. “El principio que da base a nuestro pensamiento incluso en el último hombre y a nuestro diálogo con el que tenemos al alcance es la comunio instaurada por Dios, no solamente prometida a lo lejos, ni meramente ofrecida, sino realmente regalada ya a la humanidad como totalidad”. Y el reto es no caer en la tentación de refugiarse en “la huida a una unidad abstracta (...) ya que yo tengo que solidarizarme con la cerrazón del otro y de este modo demostrarle que se da la solidaridad y hay comunidad hasta en lo más solitario”.

En el discurso del entonces cardenal Ratzinger, con ocasión del XX aniversario de las revistas, pronunció unas frases, que fijó como grandes tareas, que hemos situado en el frontispicio de nuestra edición española (...) Pero, de nuevo, nos encontramos con otra clave en su discurso: “la unión de la humanidad constituye el destino esencial de la Iglesia” que por otra parte no recoge sino el espíritu de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*: “Y porque la Iglesia es en Cristo (...) signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone (...) el que todos los hombres consigan también la unidad completa” (LG, 1).

(...) Urge que publicaciones como la nuestra deben comprometerse con urgencia en fomentar este espíritu que Jesús pidió para nosotros en su oración al Padre: “que sean uno”, expresión evangélica del concepto teológico *Communio*, tan presente tras el Concilio Vaticano II en la vida de la Iglesia.

En el Congreso del Apostolado Seglar del año 2004, otro conocido arzobispo español afirmaba: “La Iglesia española está profundamente dividida en grupos y tendencias que comprometen la unidad y dificultan grandemente la actuación de los cristianos en el mundo” (12-11-2004) Es frecuente comprobar como esta aseveración no es sino un diagnóstico certero de la renovada presencia entre los cristianos de las diferencias y sospechas mutuas que ya Pablo denunciaba: no somos ni de Cefas, ni de Pablo, ni de Apolo sino de Nuestro Señor Jesucristo -en cuyo nombre hemos sido bautizados-. Esta contradicción “es como un dardo agudo que atraviesa de lado a lado mortalmente los evangelios; no queda resuelto en los diálogos ni discursos, sino en el impresionante hecho sin palabras de la crucifixión de Jesús por su pueblo y no solamente por él, sino por todos: “para reunir en unidad a todos los hijos de Dios esparcidos por el mundo” (Jn. 11, 52) (H.U. von Balthasar: “*Communio*: un programa”) y por ello, continúa Balthasar, la propuesta fundacional de nuestra revista de buscar la comunión con las Iglesias Orientales, Evangélicas y Anglicanas, no cristianos e incluso oponentes y “dis-tantes” -apóstatas, etimológicamente- (ibid.)

Por ello, animados por la esperanza que proviene de la fe, los creyentes no podemos distraernos en inútiles y totalmente prescindibles concepciones esclerotizantes y partidistas, sino buscar en lo esencial la unidad y la caridad en la diversidad (S. Agustín) sobre todo ante un mundo sediento de Dios al que hay que reponder y ante el cual debemos responder con premura para exclamar con S.Pablo: “¡Ay de mí si no evangelizare!”.

UNUM SINT (ut unum sint: «SEAN UNO», Jn 17,21) es el ruego de Jesús al Padre por la unidad de los creyentes, como ambos son uno, en el seno de la Iglesia universal

hacían los textos, tanto de S. Juan Pablo II: “realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como «sacramento», o sea, «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano»⁸¹”, como incluso en los de de la propia Federación Internacional⁸².

Como cita el papa Francisco respecto a la liturgia, existía el riesgo de que estas palabras de Jesucristo: “se vieran desfiguradas por una comprensión superficial y reductiva de su valor o, peor aún, por su instrumentalización al servicio de alguna visión ideológica, sea cual sea. La oración sacerdotal de Jesús en la última cena ‘para que todos sean uno’ (Jn 17,21), juzga todas nuestras divisiones en torno al Pan partido, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad”⁸³.

Las palabras de Cristo también se pueden tomar en vano y hasta utilizar para fines ideológicos -en el sentido definido- pero esto sólo ocurre cuando también se han vaciado de contenido conceptos anteriores, como la *communio*, prefiriendo su mero enunciado, como si de un *flatus vocis* se tratara, a su contenido profundo y su verdadero contenido. El discurso sacerdotal de Jesús, antes de su Pasión y Muerte, sólo puede convertirse en sospechoso para quien olvida su profundo mensaje y significado. Aunque

(*catholica*, etimológicamente) «para que el mundo crea». Esta expresión recoge el deseo de la unidad entre los católicos, los cristianos y de todo el género humano.

(...) Por ello, hemos procedido a plasmar el espíritu de nuestra revista en un nuevo nombre que recoja al menos tan bien como el anterior la filosofía y objetivos de nuestra publicación: UNUM SINT. Por supuesto, sin dejar por ello de seguir siendo la edición española autorizada de la Federación Católica Internacional de Revistas *Communio* (...). ICR-*Communio* (España), nueva época, nº 11.

81 *Novo Milenio Ineunte*, nº 26.

82 “Si la tâche spécifique de COMMUNIO se définit ainsi, on peut bien dire, que notre revue contribue à réaliser ce que le Concile avait proposé comme essence même de la Église : Celle-ci, pour sa part, est dans le Christ comme un sacrement ou, si lon veut, un signe et un moyen d’opérer l’intime avec Dieu et l’unité du genre humain... Ce devoir, les conditions actuelles limposent à l’Église avec une urgence accrue fiée par de multiples liens, sociaux, techniques, culturels, puisse atteinde : il importe en effet que la communauté humaine, toujours plus étroitement uni également sa pleine Unité dans le Christ (L G 1)”. 1 de mayo de 2008.

83 S. Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de S. Juan XXVI*, 13. Citado en *Desiderio Desiveravi*, 16, del Papa Francisco. Según la RAE, “ideología”: De idea y -logía, sobre el modelo del fr. idéologie. 1. f. Conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, de un movimiento cultural, religioso o político, etc.

siempre habrá un Barrabás que se intercambie por Cristo mismo, la oración de Jesús al Padre sigue marcando un horizonte de fraternidad⁸⁴.

Finalmente, sin ninguna dificultad objetada por la comunidad de lectores y suscriptores, tras varios números editados con toda normalidad, una nueva asociación se hizo cargo de la publicación y cesó en su edición por causas ajenas a la Asociación Procomunio⁸⁵, a la que se reconoció la labor realizada: “Les rédactions sont conscientes des efforts engagés pour parvenir à une solution équilibrée et maintenir une revue du qualité (...) nous réitérons nos remerciements les plus chaleureux pour tout ce que vous avez pu faire pour la tâche qui nous unit –et beaucoup a été fait, et trop bien!”⁸⁶.

IV. COMUNIÓN, SANTIDAD Y VIDA INTELECTUAL

Quizá el gran error es la consideración de una palabra, de un concepto tan importante como la *communio*, más como idea de la que hablar y sobre la que discutir, que un dinamismo profundamente enraizado en la fe y vida cristiana que poner en práctica en cualquier iniciativa (más si lleva su título) y que implica a toda la persona⁸⁷: no sólo al intelecto o a la racionalidad abstracta. De

84 Dans l'article publié en tête de chaque nouvelle édition qui s'agrège à «Communio», article qui constitue le projet que se fixe la revue, le Père von Balthasar avait formulé une charte dont les revues du groupe doivent s'inspirer pour promouvoir la communion ecclésiale. Pour faire œuvre constructive, il rappelle que l'exigence absolue est celle de l'amour, amour pour le Christ et pour son Église, amour de l'autre avec lequel il faut se solidariser et entrer en dialogue (...) dans cet esprit de la communion dans la charité sur laquelle s'édifie l'Église, une et diversifiée, en un mot catholique.

85 La actitud exigente en la caridad y verdaderamente cristiana es la que plantea S. Pablo (1 Cor 6, 6) en lo que al propio interés y personal demanda de justicia se refiere, actitud que se había mantenido contra viento y marea –a pesar de las fuertes contradicciones- pero no puede ser así respecto a lo que afecta a los lectores en sus legítimos derechos y su salvaguarda: más siendo la parte más esencial de una revista..

86 Dado en Coira, 2009.

87 En lo referente a una espiritualidad de comunión, prosigue la *Novo Milenio Ineunte*, 43: “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. ¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas

alguna manera, en este sentido, ocurre lo que ya Rahner anunciara respecto al pensamiento del santo John Henry Newman: que podría liberar a la teología occidental de su racionalismo. De igual modo, el asentimiento real (personal, esto es, afectivo, racional, existencial, etc.) a lo que representa la *communio* como clave ecle-siológica va muchísimo más allá que el asentimiento nocional (me-ramente abstracto, universal, impersonal) o la mera noción o idea de la misma.

En este sentido, H. Urs Von Balthasar, en su célebre “Communio: un programa”, reflexionaba muy honda y certeramente sobre la realidad comunal, desde la concreción de la vida espiritual y en términos muy realistas y apegados a la condición humana y cristiana: nada más lejos en él, en esta ocasión, que circunscribirse a lo nocional, abstracto o intelectualizado. Así, expone en tér-minos muy vívidos que: quien es consciente de la capitalidad de la *communio* se siente urgido y exigido hasta el último aliento. Para ello no es necesario ser un pensador brillante, insiste, no hace falta ser un hombre que todo lo comprende⁸⁸. Es suficiente con vi-uir radicalmente la dimensión comunal antes que contentarse con pensarla o decirla brillantemente.

Eso sí, debe ser un hombre que ante una situación que no es capaz de entender, en todo o parcialmente, se mantiene firme y aguanta. Esto es un hombre que esté dispuesto a renunciar a sí mismo, a entregarse sacrificadamente por un valor superior, aun-que la situación carezca de lógica humana tener una mirada so-brenatural⁸⁹. ¿Es esta la disposición real y existencial de muchos pensadores cristianos? ¿Se tiene presente esta actitud en las em-presas eclesiales? Vivir, en definitiva, el amor cristiano hasta sus

concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades”.

88 Cf. H.U. von Balthasar: “Communio: a programm”, a.c. p.167.

89 “The Christian, however, must open his heart and allow himself to be most intimately affected, challenged, hurt. God in Christ went to the place of the loneliest sinner in order to communicate with him in dereliction by God. Christian community is established in the Eucharist, which presupposes the descent into hell (mine and yours). No flight into an abstract unity is permitted there” Ibid.

últimas dimensiones, solidarizarse con la cerrazón del otro y de este modo demostrarle que se da la solidaridad y hay comunidad hasta en lo más solitario⁹⁰.

Hay que tener muy en cuenta la realidad auténtica de la comunión, sus exigencias y su dramaticidad expresada en la propia vivencia de Nuestro Señor, de lo contrario todo diálogo está destinado a no dar frutos⁹¹. No se trata de un moralismo, porque hubo Alguien que nos precedió en este camino y que nos sustenta con su gracia⁹². No existe una doble verdad, en cristiano siempre hay una única verdad, la que se ha manifestado y demostrado como tal en Nuestro Señor Jesús, no en la fuerza y el poder que se imponen, sino en la impotencia de la solidaridad con el último: punto crucial y definitivo. Siempre hemos de referirnos a esta verdad mayor y orientarnos hacia ella. Dejarse cuestionar por esta verdad más grande -lo que humanamente no es nada frecuente- es lo católico y es la altísima exigencia en la que caminamos hacia la *communio* real.

Los grandes pensadores cristianos de la Historia, a pesar de sus grandes talentos intelectuales y sus grandes sistemas de pensamiento: ¿qué conscientes fueron de “lo mayor aún” de la *communio*!, afirma Balthasar⁹³. ¿Es realmente ésta la referencia de los que piensan, escriben y hablan o hasta se reúnen en nombre de ello? ¿Nos subimos a hombros de gigantes únicamente en el saber especulativo o también en su visión profunda del valor subsidiario del propio pensamiento respecto de lo realmente importante: la *communio* en todas sus dimensiones?

90 “Communion is established on Good Friday, after the cry of dereliction, and before the tomb is burst open; in the wordless silence, beyond speech, of being together in the alone. “Alone with the Alone,” Plotinus said; strangely penetrating words in view of the ultimates in which Christianity is grounded”, *Ibid*, p.168.

91 “This does not have to be explicitly evoked in every conversation, which would be most indiscreet. But since it is the reality of the communion, it must always be presupposed as a reality” *Ibid*.

92 “But the Christian for whom communion is the watchword, accompanies his Lord, who does not abandon” *Ibid*, p.165.

93 “We have already said that this truth we believe in strips us bare. Like lambs among wolves. It is not a matter of bravado, but of Christian courage, to expose oneself to risk” *Ibid*, p. 69.

Lección magistral la reflexión de Von Balthasar de cómo vivir, cristocéntricamente y con la ayuda de la gracia, la auténtica comunión; no meramente hablando o escribiendo sobre ella, sino viviéndola como una verdadera *kenosis*, como la vivió Jesucristo, sin convertirla en un eslogan, una marca o una etiqueta que manosear, disertando acerca de ella, sin ni siquiera rozarla⁹⁴. ¿Se vive así habitualmente en el discurso intelectual cristiano? ¿Optamos por una vivencia franca de ello o lo convertimos en una mera idea? La comunión no es pues objeto de un asentimiento nocional, abstracto, que no arrastra a la persona tras de sí. El sentido último de lo real nos abre a la relación amorosa, a un infinito pleno de inteligibilidad, de hecho, esta infinitud es precisamente la de Dios mismo, quien es el culmen pleno del *logos* del amor⁹⁵. Este es el principio propuesto en el creacionismo cristiano y quien lo acepta y asume parece comprometido con la tarea de mostrar este núcleo central, esta entraña decisiva, en todo lo que implica -en forma y contenido- de cara al trabajo intelectual y académico hoy.

V. RIESGOS Y TENTACIONES: ASPIRAR A PENSAR DE RODILLAS

Von Balthasar escribió una bella oración, de signo trinitario, con motivo de la Revista Internacional Católica *Communio* que incluía esta frase: “Ne tolère pas que la vanité humaine fausse notre témoignage” (*Prière pour Communio*, von Balthasar, Ascension de 1983). Conocía bien la tentación de aquello que los Padres denominaban “*filoutía*”, en la que se puede caer muy fácilmente en la vida intelectual. Este peligro espiritual, además, puede tener su sustrato en otro vicio en el plano humano muy bien descrito por el pensamiento clásico: la “*hybris*”: “*Hybris*”, todo lo que pasa de la medida y que conduce al orgullo, del orgullo a la insolencia y de

94 La teología misma nos enseña que donde se juega la autenticidad y hasta la posible santidad de nuestra existencia no es en el plano teórico del pensamiento, sino en el ámbito cotidiano de nuestra acción. Es en el trato con el prójimo donde subsiste o naufraga la verdad de nuestro ser.

95 Para lo sucesivo, Schindler, o.c., cap. 6. *On Meaning and the Death of God in the Academy*, pp.198ss.

ésta al ultraje, a las violencias y brutalidades mayores, se contiene en las diversas acepciones que dan del vocablo (los grandes léxicos griegos), el cual produce hasta una personificación mitológica (...) pero el exceso sigue pesando sobre las sociedades y varias formas de “*hibrys*” que se dan dentro de las cristianas (...) esta es la tragedia cristiana”⁹⁶.

La gracia no elimina la naturaleza y ciertas actitudes se dan también en los específicos ámbitos intelectuales, editoriales y teológicos católicos, no se le esconde a nadie: “un aspecto que siempre resulta repugnante en las discusiones y acusaciones teológicas es el de las posibles consecuencias temporales de ellas (...) Pero los hechos cantan y el *odium theologicum* aparece como una triste y peligrosa manifestación más de la debilidad de los hombres”⁹⁷. En todos los ámbitos son muy destructivas, pero son más lamentables si cabe en la vida eclesial.

Las actitudes y personalidades narcisistas en todos los ámbitos son muy nocivas y más en la vida de la Iglesia, muy contrarias a la comunión eclesial, siendo un peligro muy real en ámbitos intelectuales, editoriales y académicos⁹⁸. En este sentido siendo trasladable a la actualidad y a nuestro contexto, no le faltaba razón a S. Francisco Javier: “muchas veces me mueven pensamientos de ir (...) principalmente a la universidad de París, diciendo en la Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por negligencia de ellos! (...) si hubiese operarios para que fuesen solícitos de buscar y favorecer las personas que no buscan sus propios intereses sino los de Jesucristo” (15 de enero de 1544).

96 Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa* (s. XVI y XVII), 1985, pp. 468-9.

97 Ibid, p. 604. Añade Julio Caro Baroja, lo cual no resulta precisamente ejemplar: “Todavía hay mucho que hacer analizando la historia interna de las órdenes, las rivalidades y otros factores que hacen que la “espiritualidad” no se desarrolle libre de violencias y brutalidades, como no se libra cualquier otra actividad humana profesional” p. 490.

98 Diario La Repubblica, 24-9-13: “¿Sabe lo que pienso sobre esto? Los cabezas de la Iglesia han sido a menudo narcisistas, adulados por cortesanos...” Papa Francisco. Cfr para una visión general: “Más allá del narcisismo espiritual”, Maribel Rodríguez, 2021.

A ello se añade otro riesgo, la “banalidad del mal” (H. Arendt). En este caso, también consiste en no asumir las propias responsabilidades pero con una variación: la falta de empatía (el intelectual desprecia lo que desconoce) ante todo esfuerzo y complejidad práctica que no implique su modo de pensamiento abstracto y hasta su propia disciplina de conocimiento, lo que le saca fuera de una parte muy importante de la realidad (instalado en su torre de marfil, a menudo protegido consciente o inconscientemente de su incapacidad o inoperancia ante la misma, escondiéndose en lo teórico de la realidad).

Julio Caro Baroja recoge este ejemplo interesante moralmente hablando respecto a las consultas sobre asuntos de conciencia moral, y cita a un conocido jesuita, el P. Luis, que biografió a Gonzalo de la Palma, un importante hombre de negocios del XVI español: “Decía que era cosa muy fácil de engañar un letrado; porque como a ellos no les va nada, no curan de averiguar el hecho, sino que contentan con responder según la información, la cual da ordinariamente cada uno según su afición; y así, en negocios que le parecían difíciles, hacía poco caso que le dijese “esto dijo tal o tal letrado”, hasta saber si estaba bien informado”⁹⁹.

Sin embargo, confundiendo la realidad con su modo empobrecido de abordarla, entreverado con la *hybris* y la *filoautía* se pretende, en ocasiones, imponer su criterio, aprobando que el fin justifica los medios al minimizar la importancia de estos y absolutizar los presuntos fines (reducidos a su estrecho campo de comprensión de la realidad). La *communio* eclesial sólo puede ser medio y fin al mismo tiempo, las finalidades de todo tipo que no se construyan desde ella, no tienen espacio en la vida de la Iglesia.

En el fondo puede existir lo que en moral se denomina ignorancia culpable, porque es vencible, lo que hay que hacer es salir de la propia autorreferencialidad y tratar de averiguar la objetividad, acercarse a la realidad desde todas sus perspectivas, no sujetándose al propio interés e intereses, saliendo al encuentro del otro empáticamente y no permaneciendo en el propio egotismo.

99 OO.CC., I, BAE CXLIV, *Palma*, p. 14b

Esto es un pilar fundamental sobre el que erigir la comunión y sin el que nada puede construirse: no juzgar por apariencias, hacedos un juicio justo (Jn 7, 24). De ahí los riesgos ciertos de la vida intelectual para edificar la verdadera comunión, el evitar caer en lo sugerido anteriormente.

Al igual que el pecado capital de la soberbia impide construir la vida espiritual, según los grandes maestros de la tradición cristiana, salir al encuentro del otro empáticamente, no cerrado en mi propio mundo e ideas abstractas, sino asumiendo también la realidad en la que vive el otro permite construir la comunión (subjetivismo frente a realismo, verdad *-adequatio rei et intellectus* frente a sesgo y parcialidad).

Hoy es más que nunca necesario colaborar en la purificación en la Iglesia de los abusos de conciencia y de poder, aparte de los que están ahora más en la agenda, los abusos sexuales. Los pensadores cristianos no pueden eludir el problema simplificándolo; hay unas raíces, un trasfondo que hay que diagnosticar y sobre el que reflexionar: de lo contrario se caería en una alienación frente a la realidad. Se ha llegado a afirmar que se trata de un problema estructural. ¿Qué mentalidad nociva hay detrás, qué palancas impulsan este mecanismo? El intelectual o pensador no puede obviar estas preguntas, y no sólo en abstracto y respecto a lo ajeno, sino también y sobre todo, en la propia praxis.

Estas claves que estamos manejando afectan de pleno a lo referente al trabajo intelectual y la santidad¹⁰⁰. Jesús, la Palabra Encarnada, desde el Padre, como el Logos de su amor, literalmente es la relación de amor que se expresa exactamente en oración y obediencia; en una palabra, servicio, al Padre.

La creación está ordenada desde y hacia el amor revelado por Dios en Cristo y esto significa hacia la oración, la obediencia y el servicio al Padre, el cual encarna Jesús. Todo lo existente es comprendido más verdaderamente en esta relación, participando en esta liturgia cósmica. Oración, obediencia y servicio son más

100 Schindler. D. O.c. cap. 7. *Sanctity and the Intellectual Life*, pp. 203-220.

verdaderos ejercidos por los cristianos, pero también por todos los hombres y todos los seres creados (analógicamente también hay un sentido ontológico y cosmológico de estas actividades: entendiendo el ser como un don creado y renovado por el amor trinitario en Cristo).

Dar gloria a Dios es una tarea comprehensiva del cristiano que ocupa no sólo todo su tiempo sino todas sus facultades, mente y voluntad. Pertenece al *Logos*, a la inherente lógica de las cosas. Tiene que ver con la llamada a la santidad del Concilio (*Lumen Gentium n° 40*), en la nueva evangelización de Juan Pablo II y en la teología de la misión de Balthasar. La cuestión es si todo ello puede ser implementado católicamente en lo académico, acogiendo la santidad propuesta en la cristología y la liturgia expuestas -en perspectiva de sus intrínsecas implicaciones para la mente y la actividad académica-. Cristo ha asumido nuestra naturaleza, por ende la naturaleza misma, y ella encuentra su integridad y libertad en la obediencia: en relación de servicio al Padre, en el amor. El pecado oscurece la orientación natural hacia Dios, hacia la obediencia (y nos dirige en dirección opuesta, debilitando así la dinámica de obediencia y servicio).

El amor es el sentido del ser, tiene una forma, cristológica, dada en la Persona de Cristo, pero ello tiene una dimensión trinitaria y mariológico-eclesiológica. De modo que la forma (*gestalt*) del amor se expresa en el Credo y las enseñanzas principales de la Iglesia. Cristo, María y la Iglesia son figuras de todo lo creado. Su sentido profundo se encuentra en los vestigios, analógicamente, de sus acciones constitutivas: misión, servicio, obediencia y glorificación.

Sin embargo, para mostrar la ligazón con la concreción de la vida intelectual: ¿Cómo se puede concretar desde este principio la comprensión del cosmos, filosófico-racionalmente? En este sentido, la belleza y la persona se sitúan como los primeros analogados. El amor, a través del milagro del otro, el don de un "tú", que inicialmente es transmitido en la acogida de la sonrisa de la madre.

La propuesta que exponemos es que la santidad involucra no sólo los métodos básicos sino lo fundamental de nuestra vida intelectual. Si esta es la perfección de la caridad, para la vida intelectual, Balthasar y Speyr subrayan más profundamente, quizá, que la caridad tiene o es una *forma*: la *forma* del amor revelado por Dios en Jesús y María. Esta *forma* de amor indica analógicamente no solamente el modo más básico del dinamismo o método: sino también la más básica verdad de cada ser cósmico.

El hacerse cargo de la llamada a la santidad abarca e incluye también la inteligencia. Los cristianos deben permitir a Cristo asumir no sólo su voluntad sino también su intelecto y sus pensamientos. Esta no significa la falta de la natural autonomía o integridad propias sino, precisamente, que suponen las más intrínsecamente adecuadas. Nuestra llamada a la santidad no se responde sino llevando la gloria de Dios hasta todas las fibras del ser creado, mostrando la apropiada y análoga forma del amor.

La santidad integra el orden de la inteligencia, no están separadas. De hecho, la primera libera a la segunda: sólo desde el amor podemos comprender lo que es el ser, que es amor. Dios está implicado en cada acto de conocimiento (en el acto de conocer y en el objeto conocido), ningún acto de la inteligencia permanece neutral respecto de Dios.

En el nombre de la llamada a la santidad deberíamos comprometernos a repensar como aprovechar debidamente los métodos modernos de abstracción, este replanteamiento puede abarcar a los distintos métodos y contenidos de las disciplinas modernas postilustradas. Balthasar y Speyr se orientan aquí hacia el método intelectual monástico y se preguntan si, y en qué sentido, el amor al estudio y el deseo de Dios se han de implicar mutuamente. No se trata de rechazar los métodos escolástico y moderno, sino que el teólogo suizo propone un nuevo sentido integrador: en la nueva evangelización -se pregunta-, si no necesitamos recuperar el espíritu y la forma del estudio monástico y patristico en un sentido significativo. Esto es, guiado por una analogía del ser que se tome en todos los aspectos desde el amor de Cristo Jesús y se integre en el mundo académico.

En el seno de la teología se trataría de cambiar el trabajo en la mesa, en el escritorio, por hacerlo de rodillas: ha sucedido al contrario y el resultado ha sido la pérdida de la forma propia. La separación entre teología y vida espiritual ha cambiado la naturaleza de ambas. En el mundo académico sucede igual, si el significado del ser está en el amor (y sus formas análogas: oración, servicio, etc) el descubrimiento de este sentido requiere la oración y la obediencia: el estudio de rodillas, que dará así sus frutos aún en la debilidad e imperfección humana.

Aún siendo conscientes de la fragilidad, los límites humanos y el pecado, sólo desde aquí podremos, finalmente, descubrir la forma propia o la lógica adecuada de lo académico. Perderemos este norte si lo consideramos como meramente algo piadoso. Por el contrario, es el modo de liberar la mente en orden a cumplir sus potencialidades más profundas y expansivas. En una palabra: santificar la inteligencia, llevando la oración a la inteligencia y viceversa, ayudando a todo lo creado a dar la gloria debida a Dios. Lógicamente, ello redundaría en una mayor profundización en la real *communio* eclesial también en el campo del pensamiento.

Gabriel Alonso-Carro y García-Crespo

26 de noviembre del 2022

Vispera del I Domingo de Adviento